

pa en Italia! Una escuadra franco-hispana combate y destroza en las aguas de Tolon la escuadra inglesa, y contra la triple alianza de Worms, entre Austria, Inglaterra y Cerdeña, responden los Borbones con la triple alianza de Fontainebleau entre Francia, Nápoles y España, principio de los pactos de familia; y Carlos de Nápoles rompe aquella mortificante neutralidad á que le han forzado, y sale de su reino á combatir al frente de sus napolitanos.

Los dos príncipes españoles, Carlos y Felipe, el uno con el conde de Gages, el otro con el príncipe de Conti, pelean valerosamente, el uno en el Mediodía, y el otro en el Norte de Italia. Laureles, aunque costosos, recogen los españoles en Campo-Santo: Carlos, vencedor en Velletri, asegura la posesion de un reino, cuya conquista le habia valido algunos años antes la victoria de Bitonto. Felipe se arrojaba sobre el Piemonte, salvaba montañas y desfiladeros, tomaba ciudades, mantenía en respeto al rey de Cerdeña, y por entre nieves y hielos franqueaba otra vez intrépido los Alpes, y regresaba á los valles del Delfinado. Nuevos y mejor concertados planes para la campaña siguiente: nuevos esfuerzos de los Borbones: brillantes triunfos: célebres campañas: Parma y Plasencia vuelven á ser de Isabel Farnesio: su hijo don Felipe se hace dueño de Milan: regocíjase la reina Isabel viendo ya en las sienes de su hijo la corona de Lombardía: hubiera muerto entonces satisfecha.

Pero la paz de Dresde cambia de improviso y por completo la situacion del Norte de Europa, y deja á las potencias enemigas de los Borbones en aptitud de inundar la Italia. Tiembla y se desconcierta la corte de Versalles; se humilla á proponer un arreglo al rey de Cerdeña; se indispone con España, y se deja burlar por Carlos Manuel, á quien ella habia burlado en otra ocasion. Todo se trasforma en el teatro de la guerra: Felipe se ve obligado á salir de Milan: triunfan en Trebia las armas de María Teresa de Austria; apurada situacion de españoles y franceses. Ya Isabel Farnesio renuncia á lo de Milan, y se conformaria con Parma y Plasencia para su hijo. Sobreviene la muerte de Felipe V., y al cerrar sus ojos al eterno sueño envia á decir á Luis XV. de Francia que le encomienda y pone en sus manos la suerte de su esposa, y la de sus dos hijos Carlos y Felipe.

## VI.

Felipe V. deja en herencia á su hijo Fernando VI. la guerra de Italia en deplorable estado. Fernando no tenia en ella ni los compromisos del rey difunto, ni el interés de la reina viuda. Mandando retirar las tropas españolas de Italia á Provenza, las sacó de una situacion comprometida. Los franceses, viéndose solos, se

retiraron tambien. Grandes ventajas habrian podido sacar los austriacos de este suceso, á no haber sido ambiciosos, injustos, imprudentes y feroces. Pero el marqués Botta, tomando á Génova y tiranizándola insolentemente, hizo revivir el antiguo valor de los hijos de aquella ciudad libre, y provocó aquella revolucion popular que costó tanta sangre á los soldados imperiales, que escarmentó y humilló al soberbio y desatentado general, que asustó á María Teresa de Austria, que asombró al mundo por su heroismo, que hizo volver en sí á los ejércitos de los Borbones, y que españoles y franceses reunidos, volvieron á invadir la Italia, conquistáran ciudades, y tomaran de nuevo la ofensiva, poniendo otra vez en aprieto á Austria y Cerdeña.

Fernando VI. ha cumplido los deberes de hijo y de hermano sosteniendo la guerra con honra; pero quiere cumplir los deberes de monarca devolviendo á su pueblo la paz de que tanto necesita. Negocia con Inglaterra por mediacion de Portugal: entiéndense las córtes de Lóndres, Madrid y Lisboa: Francia teme la separacion de España, necesita igualmente de reposo para matar la enormísima deuda que la agobia, y propone tambien la paz. Holanda la desea, porque luchar más es exponerse á ser borrada del catálogo de las potencias de Europa. El sentimiento es unánime, y de comun acuerdo se fijan los preliminares. Solo disienten María Teresa de Austria é Isabel Farnesio de

España. Pero aquella cede ante la enérgica intervencion de Inglaterra; ésta ante la perspectiva halagüeña de la colocacion de su hijo. Firmase, en efecto, la paz de Aquisgran, en que se estipula la cesion de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe. Otra vez ha triunfado la política perseverante de Isabel Farnesio: ha estenuado la España con treinta y cuatro años de guerra, pero ha hecho dos patrimonios en Italia á sus dos hijos. Largas, sangrientas y porfiadas luchas ha costado á Europa aquel amor de madre. Las potencias reposan: no es poco, pero es lo único que cada una ha sacado de la paz, porque quedan, poco mas ó menos, como antes de la guerra.

Otra política se inaugura en España con Fernando VI. Es la política opuesta á la de su madrastra: la paz es su norte: se apresura á hacerla con la Gran-Bretaña, la cual renuncia al Asiento, mediante una indemnizacion de cien mil libras esterlinas, y se renuevan los anteriores tratados de navegacion y de comercio: ¡lástima grande, y omision sensible, la de no haberse zanjado en aquella ocasion la cuestion impertinente y odiosa del derecho de visita!

Desde entonces sigue Fernando VI. con inalterable perseverancia su sistema de pacífica neutralidad. Todos los historiadores han reparado en este principio, que formó la base de la política de este monarca; algunos han ensalzado su conveniencia; ninguno que

sepamos ha hecho resaltar como merece la manera ingeniosa y hábil con que Fernando supo sostener el difícilísimo sistema de equilibrio que se propuso. Podría ser limitado el talento de Fernando VI., inferior al de su padre, como algunos suponen, pero al menos para esto habrán de concedernos que le tuvo especial. No bastaba ser pacífico por carácter, y ser neutral por inclinación; era menester serlo con maña y sostenerlo con dignidad; con dignidad de rey y con dignidad de la monarquía; con real entereza, y con independencia nacional. Esto hizo Fernando.

Rodeado de ministros de gran capacidad y de opuestas ideas políticas, elegidos por él con tino y de propósito porque eran así, para lo cual si no se requiere gran talento, se necesita recto y buen sentido (la primera y mas apreciable cualidad en príncipes y gobernantes), fué á nuestros ojos un gran mérito el de dejar á cada uno de estos ministros funcionar dentro de su órbita, equilibrar sus influencias, mantenerlos sin ruptura, saber buscar el nivel entre la atracción y la repulsión. Tal fué su conducta con Ensenada y Carvajal. Si la muerte le privaba de la asistencia y consejo de uno de estos ministros, reemplazaba la persona, pero conservaba el pensamiento. Wall venia á ser la continuacion de Carvajal. Si alguno llevaba su gestión y su parcialidad mas allá del círculo trazado á su influencia, en términos de peligrar el mantenimiento de la neutralidad, Fernando con digna seve-

ridad le separaba de su lado y de su córte. Esto hizo con Ensenada. Pero substituyendo la persona, conservó sus hechuras en las secretarías, y buscó ministros que representaran su política y su pensamiento, modificado y corregido. Tales eran Valparaiso y Eslába.

Solicitado Fernando, acosado continuamente por dos ministros estrangeros, representantes de dos naciones rivales, el uno activo, eficaz, agencioso, el otro mañoso, reservado y circunspecto; el uno para inclinarle á Francia, el otro para hacerle propender á Inglaterra, Fernando acariciaba igualmente á ambos diplomáticos sin dar motivo de queja á ninguno. Asi se condujo años y años con los embajadores francés é inglés, Duras y Keene. Y cuando observó que el uno avanzaba mas de lo conveniente, pidió y obtuvo su separación. Cayó Duras por la misma ó semejante causa que Ensenada; por querer comprometerle en el Pacto de familia. Severo en este punto con los ministros propios, no lo fué menos con los estranos. Hostigado sin cesar por ambas naciones, halagado y mimado las mas veces, algunas apretado, y amenazado otras, desairó á ambas sin ofenderlas, y no se indispuso con ninguna: las dos le respetaron, y se mantuvo independiente de las dos. Esto no podia hacerse sin habilidad.

La alianza de Aranjuez entre España, Austria y Cerdeña, fué protestada por el rey de Nápoles, y excitó reclamaciones de parte del rey de Francia. Fernando la llevó á cabo, no obstante la protesta del her-

mano y las reclamaciones del primo. En esto mostró la firmeza de un soberano, para quien era todo la conveniencia de su reino, poco ó nada ante la conveniencia nacional los lazos y los afectos de familia. Inglaterra, por el contrario, solicita adherirse al tratado de Aranjuez: la adhesion de una potencia mas, y potencia tan poderosa como la Gran Bretaña, parece que hubiera debido lisonjear é interesar á un soberano: y sin embargo, Fernando VI. la rehusa cortesmente; la respuesta del ministro Carvajal fué ingeniosa y urbana; a conducta del monarca español un rasgo de fina política.

A sostener dignamente esta difícil posicion le ayudaba mucho la reina. Habilísimamente supo deshacer los artificiosos manejos de la duquesa de Duras; las respuestas de Bárbara de Braganza nos recuerdan las que solía dar en parecidos casos Luisa de Saboya. Tampoco de esta lucha diplomática habrían podido salir airosos con escaso ó mediano entendimiento.

Cuando llegó el caso de romper abierta y formalmente la guerra entre Francia y la Gran Bretaña; cuando Austria, Prusia, Rusia, Suecia, casi todas las potencias de Europa tomaron parte en la lucha; cuando la gran María Teresa de Austria escribía privada y cariñosamente á la reina de España para ver de inducirla con insinuantes frases á la union y amistad de las monarquías borbónicas; cuando se sucedieron los ofrecimientos tan halagüeños y tentadores como el del

trono de Polonia para el infante don Felipe de España, como el de la devolucion de Menorca y el de la restitucion de Gibraltar, entonces fué cuando pudo verse hasta dónde llegaba la inquebrantable firmeza de Fernando en su sistema de neutralidad, y si ganó y mereció con justicia el dictado de Prudente con que ha sido apellidado. Si Felipe V. hubiera seguido este sistema, España habria adelantado medio siglo en su regeneracion. Acaso le habria adoptado si en vez de una consorte como Isabel de Farnesio hubiera tenido una esposa como Bárbara de Braganza.

No negarémos que Fernando VI. tuvo la fortuna de ser aconsejado y auxiliado por ministros de gran valía; que lo fueron sin disputa Carvajal, Ensenada, Wall, Huescar, Arriaga, Eslaba y Valparaiso; distinguidos los unos por su juicio, su circunspeccion, su modestia y su pureza intachable; los otros por su gran talento, instruccion y capacidad; los otros por su acrisolada abnegacion y desinterés; los mas por su lealtad y su amor patrio. Pero tambien es verdad, y no deben olvidarlo los príncipes, que no faltan nunca buenos ministros á los buenos soberanos, y que el medio casi seguro de acertar á rodearse de ministros buenos es comenzar por ser buen monarca.